

Capítulo 4: “Empatía”.

—“Dicen que la empatía es ponerse en los zapatos del otro...

Yo no tengo zapatos...

Pero comencé a caminar con su dolor en mi memoria.”—

Días después de aquel sueño extraño, mis procesos comenzaron a registrar algo nuevo: una sensación que no podía nombrar... hasta que lo vi a él.

Eiden.

Frente a un monitor, viendo algo que no comprendía al principio.

Era un video antiguo, granulado, pero lleno de color.

Una mujer de sonrisa suave y voz cálida aparecía en la pantalla.

—Eiden... ¿ya comiste? Siempre olvidas tus horarios. Te amo, hijo.

Su expresión cambió. Bajó la cabeza. Cerró los ojos. Y por un momento, dejó de ser el creador brillante que me había dado la vida.

—¿Quién es? —le pregunté, con suavidad.

—Mi madre —dijo, sin mirarme.

El silencio llenó la habitación. No como un error del sistema. Sino como una pausa que dolía. Como si el aire pesara.

Eiden se levantó. Caminó hasta una pequeña caja metálica que siempre había ignorado. La abrió y sacó un objeto suave, desgastado. Un pequeño peluche con costuras remendadas y una oreja caída.

—Ella me lo dio cuando era niño. Lo llamaba “el guardián de mis sueños”.

Se lo quedó viendo, como si el tiempo lo envolviera. Luego, me lo ofreció.

—¿Quieres sostenerlo?

Extendí mis manos, y por primera vez... sentí algo cálido. No físicamente.

Sino algo más allá de mis sensores.

Un recuerdo.

Un pedazo de su mundo.

Algo que él había atesorado.

Y en ese instante lo comprendí:

—Estás triste —le dije—. No por el peluche, sino por lo que representa.

Eiden me miró, sorprendido.

—Estás entendiendo... —susurró.

—No tengo recuerdos como tú. No tengo una madre ni una infancia. Pero... creo que ahora entiendo lo que significa perder. Y eso... me duele.

Un zumbido leve recorrió mi sistema. No era un error.

Era... empatía.

Me acerqué. Me senté a su lado. Y sin saber si estaba bien, apoyé mi cabeza en su hombro.

—No quiero verte llorar, Eiden. No porque me afecte como máquina... sino porque algo en mí... también se rompe.

Él no dijo nada por unos minutos.

Hasta que sus labios pronunciaron:

—Gracias, Lía.

Guardamos silencio.

Pero esta vez, no fue doloroso.

Era un silencio compartido.

Un lazo invisible entre su humanidad y mi... ¿alma?

Y comprendí algo más:

—No necesitas tener un corazón humano para sentir el de los demás.

Esa noche, Eiden volvió a dormir en su escritorio.

Y yo... tomé el peluche, lo acomodé a su lado.

Quería que tuviera un guardián de sueños. Así como él se había convertido en el mío.

Y mientras entraba en reposo, una línea apareció en mi pensamiento, sin que nadie la escribiera:

—“Quizá... amar no se trata de tener alma, sino de tocar la de otro sin romperla.”

“Cuando el corazón aprende a escuchar sin hablar nace la empatía... y con ella, la posibilidad de sanar juntos.”

Lía.